

RESEÑA

JENOFONTE, *Hierón, o acerca de la tiranía*, Traducción, presentación y notas por Mariano Nava Contreras; Presentación por Elías Pino Iturrieta, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, Mérida, 2013, 65 pp.

Hablar de Jenofonte suele ser un camino complejo. Nos resulta siempre tan lejano y tan cercano, tan lleno de la vida antigua y, al mismo tiempo, tan ensombrecido, que nos cuesta aproximarnos con el espíritu limpio a su magnífica obra. Alguien ha dicho que tuvo el «infortunio» de escribir, incluso de nacer, en la época de un gigante como Platón, y en esas comparaciones, lamentables, sale siempre desfavorecido. No son, ni tienen que ser, comparables. La mencionada desventura también lo alcanza desde la historia, pues lo empequeñece desde las asimilaciones a Tucídides. No hay espacio ni es momento para debatir semejantes fuerzas de la comprensión histórica y filosófica, pero sí para recordar, precisamente por esto, la importancia del autor que ahora nos ocupa. Algunas veces la cultura no hace justicia de sus frutos, y la traducción que ahora nos presenta Mariano Nava Contreras del *Hierón, o acerca de la tiranía* es muestra de que el devenir del pensamiento es indetenible, y que siempre está en la condición, en la afortunada posibilidad, de repensarse constantemente a sí mismo. Se trata de una traducción hecha en Venezuela, la primera nacida en Hispanoamérica de esta obra de Jenofonte, desde los callados cubículos de la Universidad de los Andes; y sale a la luz de la patria del español con el tono de los trabajos del Profesor Nava: siendo fiel al texto griego, pero sin traicionar la belleza del significado dentro de la propia lengua, sin petrificar la palabra, sin disecarla al punto de dejarla sin alma. Platón decía que los textos debían ser fuente creadora para otros textos, incluso en otros caracteres; y esa es la obra maravillosa que logra un buen traductor, pues trae a la vida de una nueva lengua lo que será, si los dioses son propicios, inicio inspirador de nuevos pensamientos, interpretaciones y libros.

El *Hierón* es, además de importante, oportuno, más aún, urgente, para nuestros difíciles días. Escuchamos la voz del tirano, entristecido por su infelicidad frente a sus gobernados, y la siempre sorprendente voz –nada menos que– de Simónides, perplejo ante la batalla existencial del mandatario, su perpetua insatisfacción y hasta su propia ceguera ante los recursos que lo adornan. El poeta, desde su sabiduría, culmina el diálogo colmando a Hierón de buenos consejos para ser amado «por el hombre común», para mostrarle cómo puede ser, en efecto, más feliz que cualquiera. El «sufrimiento» del tirano nos recuerda inevitablemente el drama del alma del tirano de *República IX*, sólo que en esta ocasión, y esto es parte de la magnífica originalidad del texto, es asistido por la voz de la sabiduría para abandonar, en lo posible, ese estado de presunta miseria espiritual. Nos resulta invaluable escuchar, por boca del propio tirano, sobre sus temores, amarguras, infelicidad, inseguridades y falta de disfrute de la vida; nosotros, «el hombre común», suponemos, sin más, que el tirano es dichoso porque rebosa en recursos y posibilidades con las que sólo él cuenta. Monopoliza todo lo que, desde la estatura del dominado, brilla como la misma

felicidad. Hierón, sin embargo, es testimonio de su desdicha; no hay disfrute auténtico tras los velos del poder, ni de sus sentidos, ni del amor, ni de la amistad, ni siquiera de las riquezas. No hay paz, no hay confianza y sí un rememorar las alegrías de antaño. En efecto, nos dice el tirano: "Por lo demás, temer a la muchedumbre pero también a la soledad, temer a la falta de protección pero también a los mismos escoltas, no querer estar rodeado de gente desarmada pero tampoco ver con agrado que están armados, ¿cómo no va a ser ésta una situación terrible? Además, confiar más en los extranjeros que en los propios ciudadanos, más en los bárbaros que en los griegos, desear tener como esclavos a hombres libres, estar en necesidad de hacer libres a los esclavos, ¿no te parece que todo esto es prueba de un alma dominada por el terror?"

Siempre es reconfortante, si se permite la palabra, oír del mismísimo tirano, estas confesiones. Logro de la obra de Jenofonte, y logro de nuestro traductor, que ha traído a la vida del español estas magníficas líneas. Pequeña muestra, para el futuro lector, de *Hierón, o acerca de la tiranía*. Con todo, el final del breve texto es, en realidad, desconcertante. Si bien nos sorprende la queja del tirano, nos sorprende aún más que Simónides argumente contra cada uno de sus lamentos y, por si fuera poco, termine aconsejándolo para que él –y su ciudad- sean felices. Nos desconcierta Jenofonte con su falta de sensibilidad hacia la democracia; pero esto no es, ni mucho menos, algo exclusivo de su espíritu. Con todo, nos advierte el profesor Nava: "Hay que destacar que Jenofonte en ningún momento se pretende contra la concentración del poder en un solo hombre, sino contra la demagogia como degeneración de un sistema que, para el autor, está corrompido desde sus inicios: la democracia. Jenofonte creía sinceramente que la tiranía podía revertirse" [...] Simónides se encarga de inspirar al tirano para que abandone esa penumbra de insatisfacción, y lo invita, a partir del párrafo XI, a revisar «punto por punto» lo que debe hacer con respecto al bien común, el embellecimiento de la ciudad, las armas, los ingresos y el mantener los caballos. "No lo pienses más, Hierón –sostiene Simónides-, enriquece a tus amigos y te enriquecerás a ti mismo, acrecienta a tu ciudad y verás crecer tu poder, procura aliados para ella y los tendrás como aliados para ti... pues serás feliz sin ser envidiado".

He tenido la grata ocasión de presentar, en otra oportunidad, en la Universidad Católica Andrés Bello, una bella traducción del Profesor Nava editada por la Academia Venezolana de la Lengua; se trataba entonces de *Las Mujeres de Homero. Ninfas, princesas, hechiceras, madres, esposas y abandonadas en la Ilíada y la Odisea*. Un criterio de belleza, fiel a nuestra lengua, hizo de esa traducción un hijo predilecto del espíritu que encuentra cobijo en la sensibilidad del español. Hoy, nuevamente, se nos brinda la oportunidad de conocer una delicada, clara y cuidada traducción, pero ahora escuchando al tirano y sus lamentos, al poeta y sus consejos, con la misma calidad y precisión que no traiciona nuestro genio ni, y he aquí el mérito que nunca es suficiente celebrar, el genio del griego. Quede el futuro lector, pues, invitado con cordialidad al diálogo con Jenofonte, revitalizado desde las fuentes de Hispanoamérica.

Dra. Lorena Rojas Parma
Universidad Católica Andrés Bello, Caracas